

El ‘orden de las ciencias’ en el siglo XVI y la *Plaza Universal*

Mauricio Jalón
Universidad de Valladolid

I. El cambio en el *orden de las ciencias* producido durante los primeros siglos de nuestra modernidad es un problema central sobre la transmisión de los conocimientos, en todos los planos posibles. Culturalmente, cabe vincular dicha metamorfosis con la ampliación de las disciplinas y el triunfo de la imprenta, con la transformación universitaria anunciada en el Renacimiento tardío y, ya en conjunto, con los forcejeos entre antiguos y modernos que acabó en una célebre batalla de escritos. Pero también está ligada tal mutación a las políticas expansivas europeas tras los llamados *descubrimientos*, a la revolución visual en torno a 1500 – fenómeno en verdad extraordinario – o al desarrollo de las manifestaciones individuales, como se aprecia en la nueva conciencia personal del siglo XVI, en sus formas artísticas, tan poderosas, en la renovación de la literatura de entonces y en el definitivo impulso de las lenguas europeas, que supuso un gran paso para la formación de un léxico amplio, dúctil y exacto conceptualmente. A ello se suma la reaparición de la filosofía como actividad libre, base sobre la que se forjará – desde mediados del siglo XVII – un pensamiento científico que se quiere radicalmente nuevo.

Pues bien, consideraremos la ausencia de estrictas *enciclopedias*, en estos dos primeros siglos de la modernidad, como hecho revelador – pese a su apariencia secundaria – de esa dificultad ordenadora de la que ya la pionera *Historia natural* de Plinio adolecía. En sus formas bajomedievales esas obras panópticas fueron eco de los ciclos de estudios (Vitruvio) o cursos de estudios (Quintiliano), pero el pensamiento cristiano los había filtrado y encasillado; dichas enciclopedias, alentadas remotamente por Agustín de Hipona y consagradas especialmente por Casiodoro e Isidoro de Sevilla, lograron ahora una estructura rica de artes y oficios, perfilada por la moral. Pero al menos desde 1500 – y precisamente hasta que cuaje la Ilustración –, los trabajos recopiladores, abundantes, abigarrados y no bien definibles, van a ser más bien *compendios fallidos* desde la perspectiva de las sólidas arquitecturas medievales.

Como el ordenamiento de las ciencias es un problema demasiado vasto y complicado – se ha dicho que la codificación enciclopedista occidental resulta al menos tan instructiva como la jurídica –, entraremos en materia resumiendo meramente, en una primera parte, el conjunto de la situación, para, en otra

más larga, centrarnos progresivamente en un caso concreto y valorarlo: la traducción al castellano y modificación de *La piazza universale di tutte le professioni* (Venecia, 1585) de Tomaso Garzoni, esto es, la *Plaza universal de todas ciencias y artes*, firmada por Cristóbal Suárez de Figueroa e impresa en 1615¹.

II. En las *Etimologías* de Isidoro la frontera entre el significado de las palabras y la descripción de las cosas es muy permeable², por ello no deja a veces de evocar esos compendios extraños del Quinientos. Pero además entre los años 600 y 1600, y muy concretamente en los siglos XII y XIII, se sitúan otras valiosas enciclopedias, las bajomedievales³. Son recopilaciones que responden a la aparición de centros de especialización intelectual y que de hecho se adecuan a la enseñanza universitaria. Aunque rebasen en algún punto la tradición de las siete artes – cuatro *matemáticas* y tres *lógicas* –, esas obras tienen estrechos vínculos con el pretérito altomedieval⁴: es un enciclopedismo muy amurallado, rigurosamente formal, y ofrece una retícula simbólica del saber jerárquicamente presentada. No en vano su cosmogonía está calcada del Génesis; remite al orden divino, aunque no trate de teología (como el gran *Espejo* de Beauvais), moraliza el orden de la naturaleza y del trabajo, expresa una sabiduría inmóvil en la que el mundo sería su esfera ejemplar.

Lo curioso es que, por contraste con tal afán totalizador, los modernos no supieron *agrupar* sus conocimientos total y claramente durante siglos, pese a su energía y su empeño por lograrlo. Pues en la modernidad desaparecieron sin más – o se situaron en un plano secundario – aquellos ordenamientos de los siglos XII y XIII que se ensartaban en la vieja tradición (Plinio, Solino, Mela, Marciano Capela), aunque conformándola con medida y doctrinalmente; en suma, tales enciclopedias del Medievo no tuvieron un verdadero relevo tras el empuje del humanismo, como tampoco sucedió en el Renacimiento tardío⁵ ni en el siglo de las novedades. Concretamente Europa no elaboró en realidad enciclopedias entre los siglos XV y XVI ni tampoco en el XVII; esto es, cuando tuvo lugar el auge y declive del Renacimiento por antonomasia y cuando, después, ciertos conocimientos – impulsados por este brío cultural – se canalizaron ya hacia otras formas del saber que en buena parte dieron lugar a la ciencia y al pensamiento modernos o lo complementaron.

Por tanto se inició el estancamiento definitivo de tal modelo enciclopédico al producirse la expansión del pensamiento crítico humanista, lo cual no debe sorprender dadas su fuerza verbal y su energía conceptual: los *humaniora*, en sentido amplio, serían la base de un nuevo enciclopedismo por venir. Pero prosiguió asimismo semejante parálisis cuando se removieron los conocimientos en su integridad, e incluso cuando se llevó a efecto la creación de las modernas ciencias. Así que semejante metamorfosis, que se revela tan compleja, ha de ponerse en relación con los cambios de estructura en los estudios, desde una perspectiva amplia,

¹ Véanse Tomaso GARZONI, *La piazza universale di tutte le professioni del mondo* (ed. P. Cherchi y B. Collina), Turín, Einaudi, 1996; y la versión de Cristóbal SUÁREZ DE FIGUEROA, *Plaza universal de todas ciencias y artes* (ed. M. Jalón), Valladolid, Junta de Castilla y León, 2006; apareció ésta en 1615, pero ya estaba preparada en 1612, al menos. Hay otra edición italiana, no consultada.

² Clive S. LEWIS, *La imagen del mundo*, Barcelona, Península, 1997, 75.

³ En el siglo XII: Guillermo de Conches, Honorio de Autún, Hugo de San Víctor, Ricardo de San Víctor. Y en el siglo XIII, junto con las breves de Alejandro de Neckham, Bartolomé Anglico, Tomás de Cantimpré y una *Compilatio* anónima, están las de Arnaldo el Sajón, Brunetto Lattini, Vicente de Beauvais – el más conocido y vasto – o nuestro Gil de Zamora. Desde el punto de vista metódico cabe añadir a Alfonso X, Llull y Roger Bacon. Véase VV. AA., *La pensée encyclopédique au Moyen Age*, Neuchâtel, La Baconnière, 1966, *passim*.

⁴ Que se remonta a Macrobio, Boecio, Capella y, de otro modo, Agustín (*Sobre la doctrina cristiana, Disciplinas*), y se expresa en Casiodoro, Isidoro, Beda, Alcuino y, en el siglo IX, Rabano Mauro (*Sobre la naturaleza*).

⁵ Un caso excepcional, la *Margarita filosófica* de Reisch, 1503, fue un libro impreso con textos y estructura similar a los antiguos, por inercia; enseguida se señaló su vetustez, pues es un fenómeno de falsa continuidad. Hay que distinguir en el siglo XVI entre los que hacen enciclopedias y los que conciben el enciclopedismo, Michel Simonin, «Faire des encyclopédies à la Renaissance», en Annie BECQ, ed., *L'Encyclopédisme*, París, Klincksieck, 1991, 153-160.

producidos entre los siglos XV y XVII, pero todavía no estabilizados. Más aún, en el crepúsculo misterioso del enciclopedismo se ven implicados los nuevos intelectuales, las instituciones modernas, los lugares del conocimiento y las formas de clasificación de éste, el control religioso y político de las distintas ramas del saber, así como sin duda sus vínculos con la revolución de la imprenta y el mundo del lector.

Si se considera que, en realidad, las enciclopedias bajomedievales se entrecruzan con el currículo universitario y con la organización de una biblioteca entonces puede captarse esa transformación ulterior con otra luz, a la vez compleja y aclaradora⁶. En efecto, a partir del modelo universitario – que acompañó al auge enciclopédico de los siglos XII y XIII –, pueden entenderse mejor esas viejas recopilaciones; pues la universidad era una institución nueva, a la vez lugar de conocimiento y forma de clasificación del saber, estable y rígido, que moldeó el aprendizaje con las *carreras* y los cursos, en suma con las distintas Facultades (que son, a la vez, habilidades y grupos corporativos). Pero los libros, aún no impresos claro está, se sitúan lado a lado del régimen universitario, se ordenan de acuerdo con los estudios o materias desarrollados en las aulas, así que la biblioteca – limitadísima por entonces⁷ – da la medida sectorial de las universidades, del saber codificado que circula por ellas. Desde el principio, pues, el sistema universitario de las disciplinas se reforzó con la disposición de los libros, esto es, con el *ordenamiento de las bibliotecas*, de modo que éstas materializaban – física y espacialmente – la clasificación que el propio *currículo* suponía. Por su parte, la *enciclopedia* no era sino el ciclo disciplinar resumido; y de ese tipo de obras circulares se servía el estudiante o el estudioso, como síntesis o como lugar de consulta metódica. De suerte que el orden de las palabras o los conceptos, el de los libros y el de las Facultades se veían claramente encadenados.

Al aprendizaje escalonado de las siete artes tradicionales les habrían seguido los estudios en una de las tres Facultades altas, Teología, Derecho o Medicina, con un conglomerado filosófico aristotélico; pero, de antemano, los primeros humanistas desdeñaron los textos académicos de teólogos, legisladores o médicos, y en todo caso el pensamiento del *Cinquecento* va a ser esencialmente ecléctico⁸. Además, las universidades, en estado cada vez más conflictivo (de entrada, por la pérdida progresiva del ecumenismo medieval), van a transformarse a partir del agitado siglo XVI, y pese a sus logros parciales⁹, entrarán en decadencia, sobre todo en Francia y España desde el siglo XVII.

En los albores de la modernidad a estas diez materias, básicas o no, de la enseñanza se les sumarán nuevas disciplinas: por un lado, brota cierta percepción histórica (bien mirando a las cosas antiguas, bien ciñéndose estrechamente al mundo local); por otro, se desarrolla el estudio naturalista, incluyendo el ramal singular de la protoquímica. Es el primer paso para una futura idea de *proceso*, que penetrará por igual en la historia y en la naturaleza; lo cual, más que por el influjo de cualquier otra idea, hará que esa

⁶ Cf. Peter BURKE, *Historia social del conocimiento*, Barcelona, Paidós, 2002, cap. 5. El término 'enciclopedia' finalmente se aplicó «a ciertos libros que en su organización seguían paso a paso los contenidos del sistema educativo», 126.

⁷ La biblioteca de Durban, una de las más grandes de Europa, contaba con poco más de quinientos libros hacia 1200; la de la Sorbona, con mil en 1250; las cantidades aumentaron, pero con ese ritmo, hasta 1450. Paul ZUMTHOR, *La letra y la voz*, Madrid, Cátedra, 1989, 118.

⁸ Charles SCHMITT, *Aristote et la Renaissance*, París, PUF, 1992, cap. IV.

⁹ El influjo del humanismo italiano sobre las universidades europeas – ese *otro modo de leer* – se produce con lentitud desde el siglo XV. En Inglaterra con dificultad, pues sólo empieza a reflejarse en Oxford desde 1520; en Francia hubo ironías sobre los ecos italianos, pero el plan de estudios se retocó a finales del siglo XV, con la inclusión del griego y la entrada del comentario humanista, que sustituye a la vieja gramática. En el área germánica hubo mayor cambio: se fundaron universidades para enseñar letras (así, en Basilea) y además los estudios de matemáticas y astronomía – matriz de la ciencia – comenzaron a revitalizarse en algunas ciudades, como Viena, donde surgen figuras como Regiomontano o Peurbach. En España, esos dos renacimientos, literario y científico se aprecian en la Alcalá humanista y en la reforma de los estatutos de Salamanca, cuya Universidad se abre más, a mediados del XVI, a las renovaciones científicas, ya que las humanistas se habían incorporado desde finales del siglo anterior.

época acabe distanciándose del pasado con una hondura definitiva¹⁰. Ciertas universidades se centraron en un aristotelismo más o menos renovado, pero otras se orientaron hacia el humanismo y la nueva ciencia, criticando a fondo un legado secular de conocimientos, de modo que se ensancha notablemente el cuarteto matemático, hasta el punto de que avanza por senda propia en el siglo XVI. Entonces se percibe que las instituciones de enseñanza son inadecuadas, que las clasificaciones de las ciencias han de superarse y que conviene modificar o incluso reedificar la enciclopedia del saber¹¹. En suma, matemática y astronomía, gramática e historia, cada bloque por su lado, empezaron a romper los marcos tradicionales del conocimiento; y al tiempo que la filosofía natural se hacía más compleja o se fragmentaba con las incorporaciones neoplatónicas, escépticas, estoicas, aparecían otras realidades escritas, como los libros de máquinas, que ensalzan abiertamente el pensamiento técnico.

Al aumento del depósito del conocimiento, que va a ser manejado por más amplios sectores de la población urbana al avanzar la modernidad, se suma la expansión misma de las disciplinas, al margen de la universidad. Pues hay que contar con la difusión de los clásicos y de los nuevos por obra de la imprenta y de los nuevos modos de estudiar el pasado; hasta el punto de que los antiguos, que se han fijado canónicamente, se ven acompañados por manuales o textos de apoyo para comprenderlos, para dominarlos una vez clarificados y cotejarlos con todo lo nuevo que va emergiendo. En paralelo, el aumento de la lectura no universitaria ya era evidente en el siglo XVI; y el desarrollo autónomo de ciertas bibliotecas (principescas, eruditas, privadas), potenció que el orden medieval de los libros se deslocara: fue un hecho decisivo para el desarrollo ulterior de las ciencias.

Por entonces, cobran peso las nuevas Academias, y concretamente la Veneciana desarrolla su actividad en dos planos: en las lecciones públicas y en una ingente labor editorial¹². La pujanza de lo impreso – esa producción en serie que hizo que un objeto artesanal entrara pioneramente en un proceso mecánico de fabricación –, fue distorsionando el *ordo librorum*, como señaló el suizo Gesner, que clasificó cinco mil autores y dieciséis mil títulos en la *Bibliotheca universalis*, de 1545. Lo llevó a cabo este gran recopilador tras un siglo de impresos, lo que supuso la circulación de varias decenas de millones de libros: fue un verdadero salto cuantitativo y un notable crecimiento de la lectura¹³.

A veces en el siglo XVI se imprimen, por rutina, las enciclopedias bajomedievales, pero sobre todo se buscan muchas otras recopilaciones, de modos muy distintos, y se especula vanamente sobre un ordenamiento total – formalista, panmatemático, compartimentador en espacios – que sea una especie de revelación del conocimiento. Hay gran desconcierto, pues, seguido de afanes renovadores, basado en la bibliomanía: en el diálogo silencioso con los libros, en el refugio de las bibliotecas, en la posesión individual de ejemplares, en el coleccionismo libresco como una variedad coleccionadora¹⁴. Y todo ello se acentuará en el siglo XVII: por el gran bibliotecario Naudé, que busca otras «Facultades» y análogamente otras «secciones bibliográficas»; por Alsted, que busca la *arqueología* de los sistemas clasificatorios del pasado, en desuso, mientras ofrece las líneas de una enciclopedia universal remozada por completo; por Leibniz, sabio y bibliotecario de Wolfenbüttel, cuando afirma, en 1679, que «una biblioteca debería parecerse a una enciclopedia», y propone una secuencia de Facultades formada por

¹⁰ Cf. Hannah ARENDT, *Entre el pasado y el futuro*, Barcelona, Península, 1996, 72.

¹¹ Cf. Eugenio GARIN, *La cultura del Rinascimento*, Milán, Mondadori, 1988, 79 y ss.

¹² Lina BOLZONI, *La estancia de la memoria*, Madrid, Cátedra, 2007, 29 y ss.

¹³ Así lo expresaba, en 1540, Pedro MEXÍA, *Silva de varia lección*, III, 2: «Con menos gastos y trabajos se han libros y se conocen diversas cosas y materias que están escritas. En lo cual había grande dificultad y trabajo en la falta de ellos, que no se sabían o no se podían haber los autores grandes y antiguos y así no eran tan universales los estudios».

¹⁴ Holbrook JACKSON, *The Anatomy of Bibliomania*, Urbana y Chicago, Univ. of Illinois, 2001, esp. partes I y III-V.

las tres nobles, pero seguida – en un plano de igualdad – por filosofía, matemática, física, filología, historia y miscelánea, de acuerdo con las novedades bibliográficas y eruditas de su acelerada centuria.

III. En el siglo XVI, pues, aparecieron obras alternativas, variadísimas, algunas de enorme tamaño. Al faltar una visión orgánica de los conocimientos, venían a ser siempre miradas provisionales. Sin embargo, con ese ejercicio enciclopédico, cada vez más amplio, se ponía de manifiesto que cualquier ordenamiento consagrado (por ejemplo el enciclopédico bajomedieval) podía modificarse, del mismo modo que se sabía cada vez mejor que una ciencia era alterable, era mejorable. En todo caso, la reorganización de textos en esa centuria tan agitada se ve emparejada con una reorganización del *pensamiento* de los lectores¹⁵. Y la producción de tablas, catálogos y diccionarios (lingüísticos, geográficos, etc.) son iniciativas definitorias de ese tiempo confuso, en el que la racionalización y codificación en ciernes se ven plasmadas en la catalogación de datos que la imprenta sin duda facilita (y exige), pero esto no basta para definir una retícula firme que los acomode.

Hubo desde luego una proliferación de obras con vigorosas ideas panópticas¹⁶. Antes de la consolidación de las ciencias nuevas se pretendió reedificar el edificio del saber usando nuevas divisiones, y las perspectivas elegidas iban desde el ras de suelo hasta el mejor sobrevuelo, pues grandes y recurrentes aspiraciones *teóricas* e incluso filosóficas globales – retóricas, lógico-dialécticas, lullistas¹⁷ – pretendieron lograr una buena y completa amalgama del saber, bien volviéndose abiertamente hacia la *palabra*, bien abriéndose a la discusión mediante un *sistema* en expansión, bien con un afán totalizante, creador de un sustituto o simulacro del todo que pretendía captar la *trama del mundo*.

Conviene también, por otro lado, resaltar que incluso se elaboraron colecciones de argumentos teológicos, médicos y jurídicos (esto es, trabajos que son eco directo de las tres Facultades inveteradas); pero si no eran mera copia académica estuvieron sometidas en muchos casos a otra forma expositiva, a otro sistema más moderno, por ejemplo con las miradas globales – por ejemplo ramistas – antedichas.

Se hizo patente además la presencia de diversas *lenguas*: es el siglo, entre otros, del llamado *Calepino* (diccionario que fue haciéndose más plurilingüe en cada nueva impresión, hasta llegar a 11 lenguas, y que en su prólogo a la edición tardía de 1570 destaca las relaciones entre palabras y cosas propias de una enciclopedia); del *Tesoro de la historia de las lenguas del universo* de Duret; y de tantas gramáticas nacionales – en Italia, Portugal, España o Francia –. Por lo demás, las obras lexicológicas de Estienne o de Plantino (a quien homenajea Suárez de Figueroa), destaca notablemente, y sigue siendo un esfuerzo modélico.

Pero, de modo singular, se pone en juego una *forma individualista* de recopilación, opuesta a la sistemática de corte escolástico: los libros se oponen cada vez más al Libro. Aparecen listas de villas, plantas, tipos de

¹⁵ Elizabeth EISESTEIN, *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna europea*, Madrid, Akal, 1994, 71-78.

¹⁶ Pese a que finalmente nada estable se logre, los nombres que circulan delatan su intención: la enciclopedia buscada se llama *enciella* o *ciclopedia* (que remite a circularidad, a copia del cosmos también), *espejo del mundo* o *armonía del mundo* (que sería imagen o reproducción del todo, concordancia o especularidad con el mundo), o bien *arte universal*, *plaza universal*, *mathesis universalis* (donde el adjetivo 'universal' es clave). Cf. Jean-François MAILLARD, «Fortunes de l'encyclopédie à la fin de la Renaissance», en Annie BECQ, ed., *L'Encyclopédisme*, París, Klincksieck, 1991, 319-325 (cf. el balance de Jean CÉARD, «Encyclopédie et encyclopédisme à la Renaissance», 57-67).

¹⁷ Método inventivo o lógico-didáctico e idea clasificatoria esencial confluyen en la busca de otra enciclopedia. En la *retórica* sobresale la idea de invención y el desarrollo de la imaginación; se revisaron los lugares comunes, y se buscó un nuevo sistema clasificatorio a través de la expresión más viva, con fórmulas dinámicas que captan nuevas ideas y necesidades. La *dialéctica* reorienta el seco formalismo medieval, en aras de una renovación de la forma de edificar el saber basado en un proceso lógico más flexible y didáctico: da una nueva técnica mental y expositiva. Además se difundió hasta la saciedad la renovación del *lulismo* en el siglo XVI, y su combinatoria de conceptos, que quería ordenar el conocimiento con un análisis terminológico fundamental.

ciudades, instrumentos y sus piezas, nombres de miles de personas que destacaron en los más diversos campos: todo se almacena y se forma con ello un mundo lleno de micromundos. Hay recopilaciones geográficas, libros de agricultura, relaciones de viaje, cosmografías distintas, obras naturalistas (botánicas o zoológicas) realmente novedosas, sin contar con los libros del humanismo médico o las síntesis matemáticas, astronómicas o gramaticales de distintas lenguas. Y coexisten, con florilegios y lugares comunes, obras de bibliografía o *bibliotecas*, índices analíticos algo extendidos, repertorios comentados de profesiones; de modo que, desde 1530 hasta entrado el siglo XVII, aparecen singularmente miles de compilaciones curiosas. Particulares y estudiosos se dedican a elaborar un «repertorio personal» de entradas muy variadas, a partir de catálogos dispares, sea cual fuere su mano realmente originaria: se trata de copiarlos y ampliarlos – esto es, de robarlos, reinsertarlos y transformarlos – hasta formar un mundo verbal heteróclito, organizado de acuerdo con un criterio más individual que colectivo.

Se agranda así el campo de los muestrarios: los usos y costumbres, las disciplinas y los oficios, todos los recursos para la vida, sean materiales o no, entran en esas obras informes. Este tópico gana por tanto validez universal en el Renacimiento tardío y se desarrolla especialmente en su ocaso: se trata de construir con textos un *patrimonio* lo más rico posible. De ahí que represente la idea de filiación, sucesión o herencia de los antiguos; y de ahí su afán por renovar sus frutos en una combinación entre el *repertorio* y la *invención* que se apoye en su disposición especial y compleja, dado su afán de ordenamiento de forma tal que genere nuevas ideas. Como tales compendios son asimismo coleccionables, se los denomina «tesoros de papel» (*thesaurus chartaceum*). Cada inventario supone idealmente la confrontación de todos los sistemas posibles de clasificación. Sobre el palimpsesto de los antiguos – entrecruce de Plinio, Solino, Valerio Máximo y otros muchos – se construye una ristra de «lugares comunes», en sentido muy amplio, que llegará a tener el sello especial, irrepetible; supondrá una nueva idea recopiladora, muy definitoria del siglo XVI, y muy criticada en el siglo siguiente, aunque todavía se editen – se consulten – durante décadas.

Muchos filólogos hacen catálogos de tópicos sistematizados, y algunos forman *teatros* de lugares comunes, que cabe equiparar en cierta medida con otros «escenarios de conocimientos» menos arbitrarios, más ordenados. Los citamos mezcladamente para comprobar esa obsesión «teatral»: la *Oficina o teatro poético e histórico* de Ravisio (1522), recopilación de referencias de todo tipo; *La idea del teatro* (1550) de Camillo, sobre el artificio de la memoria¹⁸; el exitoso *Teatro del mundo* de Pierre Boaistuau (1559), sobre las miserias humanas; el programa museístico de Quiccheberg, *Inscripciones o títulos del teatro* (1565); el *Teatro de la vida humana* de Zwinger (1565), inmensa compilación de citas (con 19 y luego 29 tomos), ampliado más adelante por Beyerlinck, en su *Magno teatro* (1631); el fundamental *Teatrum orbis terrarum* del geógrafo Ortelius (1573), al que nos referiremos; el libro técnico llamado *Teatro de los instrumentos* (1579) de Jacques Besson; la clasificación de los caracteres humanos o *Teatro de los cerebros* del citado Tomaso Garzoni (1583); el famoso *Teatro de la naturaleza universal*, del jurista Jean Bodin (1596); el *Teatro de agricultura* de Olivier de Serres (1600); o la química primigenia en el *Anfiteatro de la sabiduría* de Kuhnraht (1609). Y todo ello sin añadir obras literarias bien conocidas, pues este sentido escénico es el que se da a la idea de «representación»¹⁹.

La metáfora «teatral» – clasificatoria, artificiosa, universalista – aparece por doquier para designar exhaustividad en la enumeración y, en lo posible, exposición sistemática; pues lo que ofrece no quiere ser una mera «lonja», un espacio compartimentado elementalmente, sino que quiere ser de verdad una *máquina* de pensar. De ahí la aparición de términos arquitectónicos para describir esos *situs*, bien sea una *fábrica* o edificación suntuosa – así, en

¹⁸ Aquí el *teatro* cobra una dimensión física, como depósito de la memoria, y se apoya en la imagen dada por Vitruvio: Frances YATES, *El arte de la memoria*, Madrid, Taurus, 1974, caps. VI-VII, esp. 165-174 (y todo su *Theater of the World*, Londres, Roudledge, 1969). También Paolo ROSSI, *Clavis universalis*, Bolonia, Il Mulino, 1983, cap. III.

¹⁹ Paul ZUMTHOR, *La medida del mundo*, Madrid, Cátedra, 1994, 323.

el título de Vesalio sobre el cuerpo humano²⁰ –, o bien un conjunto armónico de edificios eruditos distribuidos en categorías; esto es, una *plaza* que asimismo es un lugar de encuentro de saber²¹.

Datos y conocimientos tienden por tanto a sistematizarse de forma pseudo-enciclopédica, se encajan en curiosos edificios conceptuales o cuadros del mundo; las terminologías se compartimentan, cada ramal se divide y reclasifica de acuerdo con diversos criterios. Así sucede con otro anfiteatro más elevado: el *Examen de ingenios para las ciencias* (1575), escrito en ese tiempo en el que la sabiduría y los datos de todo tipo «se codifican, se logifican, tanto los casos de conciencia (es la edad de oro de la casuística), como la fisonomía, la poesía, la retórica, *l'arte dello stato*, la observación de la naturaleza en general, etc; y, por supuesto, el estudio de los temperamentos o de las complejidades, el *examen* de las habilidades individuales, de las vocaciones profesionales y de las necesidades de 'toda república bien compuesta' como quiere hacer Huarte»²².

IV. La erudita *Storia della bibliografia* (1991), de Alfredo Serrai²³, ofrece un vertiginoso elenco de las propuestas enciclopedistas – tan híbridas – del Renacimiento. Dejemos de lado las enciclopedias poéticas, con Budé a la cabeza. El autor enumera a continuación de éstas las organizaciones teóricas de disciplinas, con sus autores, fechas de edición y contenidos correspondientes. Se refiere, por ejemplo al jurista Caccialupi, muerto en 1496, o a Vives y su *De disciplinis*, de 1531; a los estudiosos de las artes de la memoria: el influyente *Teatro* de Camillo; Farra y su *Settenario*, de 1563; Rosselli y su *Thesaurus artificiosae memoriae*, publicado en 1579; Quiccheberg, que hace de ese arte en 1565 una rotulación museográfica²⁴; Citolini con su importante *Tipocosmia* que utilizaremos al final. Luego, repasa otros puntos de vista, como de F. Patrizi, en *De Institutione Reipublicae*, de finales del siglo XV, que habla del Estado y de ciencias; el *Examen de vanidad de las ciencias* (1520) de G. F. Pico, o su seguidora *De la incertidumbre y vanidad de las ciencias* (1526) de Agrippa; o el trabajo del lógico Nizolio, *Sobre los verdaderos principios* (1553); no olvida al reformista zuriqués Bullinger, que elaboró una *Ratio studiorum* en 1527 (historia, filosofía, oratoria, por un lado; matemáticas, medicina y mecánicas, por otro), que fue por cierto antecesora de la influyente *Ratio studiorum* jesuítica (teología, filosofía, humanitas), también citada por Serrai, y que tuvo un largo proceso de elaboración: 1548-1586. Dentro de este empeño organizador destaca finalmente a cuatro teorizadores conocidos: dos grandes como Ramus y Huarte de San Juan, a los que siguen Savigny, con su *Cuadro de las artes liberales*, de 1587 (que ya considera 17 disciplinas como pilares del conocimiento), y Pierre Grégoire, con su difundido *Syntaxeon artis mirabilis*, 1574, que ofrece una compleja clasificación de materias en cuarenta apartados.

Por otra parte, como no podía ser menos en este gran especialista, habla muy extensamente del gran bibliógrafo universal en su tiempo, el citado Gesner, pero también recuerda a otros como, por cierto, Alonso

²⁰ En *Autoridades* se dice que se toma 'fábrica' por cualquier edificio suntuoso; y que representa asimismo un paraje destinado para hacer siempre alguna cosa, y que metafóricamente significa 'idea fantástica' (la voz latina es *machina, phantasia*), de ahí que se diga «hacer fábricas en el aire». Cf. La *Fábrica del cuerpo humano* de Vesalio.

²¹ Patricia FALGUIÈRES, *Les chambres des merveilles*, París, Bayard, 2003, esp. 15-27. En la segunda mitad del siglo XVI se produjo la tesaurización en ciertas cámaras especiales, extraña acumulación de objetos que constituyó un fenómeno fechado históricamente y que fue un antecedente del coleccionismo artístico. En parte se corresponde con el hecho de que la historia se instalaba de una forma vigorosa y proliferante entre las disciplinas. Sus propuestas de incorporar objetos son ante todo singulares y patrimoniales, no se atienen a la idea de *método*. Rodolfo II decía que su colección era una *enciclopedia del mundo visible*: René SCHAER, dir., *Tous les savoirs du monde. Encyclopédies et bibliothèques*, París, Flammarion / BNE, 1996, parte 8.

²² Guillermo SERÉS, «Introducción» a Huarte, *Examen de ingenios para las ciencias*, Madrid, Cátedra, 1989, 21.

²³ En la segunda parte de Alfredo SERRAI, *Storia della Bibliografia*, II, Roma, Bulzoni, 1991.

²⁴ El notable libro de Quiccheberg traducido del latín, con un comentario sobre él de Nicolette BROUT, se recoge en VV. AA., *L'extraordinaire jardin de la mémoire*, Morlanwelz, Musée Mariemont, 2004, 69-135.

Chacón (1540-1599), dominico de Baeza muerto en Roma, que escribió una *Biblioteca* de gran calidad. Y, desde luego, Serrai hace un recuento de poligrafías – florilegios, espejos, fábricas, libros de invenciones –, de entre las que destacamos a los más conocidos y valiosos: Polidoro Virgilio (*Sobre los inventos*, 1499), primer historiador de los descubrimientos; Mirabelli, autor de una secuencia alfabética de tres mil temas, la *Poliantea* (1503), muy reeditada; Ravasio Textor (*Oficina*, 1522), un retórico recortador de «textos»; Lando y su famosa poligrafía (*Catálogo de inventores*, 1543); los *Diálogos* de N. Franco (1539), o la *Silva de varia lección* del sevillano Mexía (1542).

Pues bien, todos los recién enumerados están presentes, y a veces abrumadoramente, en otra recopilación a la que da especial relieve: *La piazza universale*. Su autor, Tomaso Garzoni (1549-1589), fue un polígrafo erudito que había editado la obra de Hugo de San Víctor²⁵, y conocía bien las propuestas medievales; pero además, dado su círculo de amigos, conoció y usó muchas decenas de escritos con un estatuto diferente, desde el *Cortesano* de Castiglione hasta el *Espejo de ciencia universal*, 1564, del médico Leonardo Fioravanti de Bolonia, que se trasladó un tiempo a Madrid.

La piazza es el auténtico logro «enciclopédico» de este curioso predicador, es un catálogo de mayor amplitud y agudeza de entre todos los suyos (y de muchos de los citados antes), es una obra en la que se pone de manifiesto la popularización de los saberes avanzada su centuria. Garzoni ofrece exhaustivamente más de medio millar de profesiones u oficios de todo tipo y cita a un millar de autores. Como dice Serrai, dibuja un cuadro completo mediante la exposición de toda la actividad humana, que incluye sus formas culturales, las manifestaciones económicas y productivas, los conocimientos científicos, y muchas técnicas, antiguas y nuevas, que pormenoriza útilmente; así teje un inventario de todo lo que los hombres han hecho y continúan haciendo desde la Antigüedad hasta el siglo XVI, incluyendo por tanto los nuevos descubrimientos, en una obra a veces fresca y con bastante brío, poseedora de una idiosincrasia aguda, pero que es asimismo un divertimento intelectual y en ocasiones un juego verbal²⁶, si bien, sobre todo, es un magma de noticias, escasamente estructuradas.

El paralelismo de buena parte de su esqueleto y ejemplos con los *De la vanidad de las ciencias*, exige tomar en consideración un momento a Agrippa de Nettesheim, muerto en 1535. El controvertido médico que lo concibió, tan vinculado a Colonia y sus cercanías (Colonia Agrippina), fue inicialmente un teorizador de la magia natural, de modo que su inquietud lo llevó a un hondo conflicto con los teólogos de Lovaina, a ser amparado por el arzobispo de su ciudad y a varios peregrinajes por Europa. Pasó por escéptico en ese panorama tardío suyo de ciencias y artes (incluyendo en éstas las trampas o las ventas de uno mismo, como hará Garzoni), al acusar a los distintos grupos de seres humanos de un modo de actuar que olvida la fe y se aleja de la sencillez escrituraria, y sin deseo alguno de querer analizar a fondo las dudas sobre lo que debe conocerse realmente en el presente²⁷. En todo caso, se extenderá pronto una crítica a la razón y una denuncia de la vanidad del saber mundano por parte del clero protestante culto, que no es coincidente con el humanismo del siglo XVI, y que reinterpreta. Garzoni, quiere subvertir los argumentos de su antecesor Agrippa, elogiando las profesiones, y *La piazza* da al menos informaciones de muchos nombres propios que han destacado a finales del siglo XVI (de los de principios del siguiente se encargará Figueroa).

²⁵ Junto con otras publicadas en vida por él, con referencia a edificios: Tomaso GARZONI, *El teatro de los cerebros*, 1583; *El hospital de los locos incurables*, 1586 (ambos en Madrid, AEN, 2000); *La sinagoga de los ignorantes*, 1589. Sobre el autor: Paolo CHERCHI, *Enciclopedia e politica della riscrittura: Tomaso Garzoni*, Pisa, Pacini, 1981; VV. AA., *T. Garzoni. Uno zingaro in convento*, Rávena, Longo, 1990; así como los prefacios de P. Cherchi a T. GARZONI, *Opere*, Rávena, Longo, 1993.

²⁶ Alfredo SERRAI, *Storia della Bibliografia*, II, 187-199 (aquí su noticia pasa a ser un apretado análisis).

²⁷ Richard R. POPKIN, *La historia del escepticismo desde Erasmo hasta Spinoza*, México, FCE, 1983, 49-56. De ahí que haya un apartado final, «Elogio del asno», en su *Sobre la vanidad de las ciencias*.

En fin, aunque sea la suya una *ciudadela* desigual – hecha con otras obras, con citas y remiendos²⁸ – proporciona un *teatro de oficios* surtido y bastante objetivo, pues no tiene sólo la intención de conmovernos literariamente, sino que desea que, manteniendo una posición de espectadores atentos, observemos desde fuera la sociedad, con una mente completa y abierta, dentro de su juego, consistente en resumir las ciencias en un sistema de acciones humanas. Desde su perspectiva educadora, lo sórdido y lo excelso se unen eso sí en un moralismo algo triste, pero dotado de gracia; y, en todo caso, siempre suministra bastante información, mucho detalle técnico y abundante léxico especializado. Si el andamiaje escénico que nos ofrece es muy dudoso, y por tanto la estructura «enciclopédica» de su *Piazza* no termina de fraguar (aunque sus páginas evoquen a ráfagas los esfuerzos lulistas, mnemónicos o retóricos de entonces), en cambio no se reduce a una suma de fragmentos inconexos; atractiva y plagada de datos, es inconclusa y enmarañada, como una torre de Babel, figura que desde 1470 y en los siglos XVI y XVII la pintura tanto representa²⁹.

Si en esta muestra de la *varietas rerum*, tan frecuente a finales del siglo XVI, hay selvas de anécdotas y de bromas, hay consideraciones peregrinas, también aparece mucho material erudito, aunque sea casi siempre de segunda mano. Está zurcido al servicio de un valioso despiece de muchos instrumentos y sobre todo de un afán divulgador de las ciencias en un plano intermedio. Y, de hecho, muchos de los autores *metodológicos* citados, además de los hacedores de centones, aparecen entre sus páginas: Caccialupi, Vives, Camillo, Farra, Rosselli, Patrizi, Citolini y Grégoire (estos dos muy a menudo), el sobrino del gran Pico mirandolano, o desde luego Agrippa e incluso alguna vez Ramus (no aparece en cambio Huarte) y el propio Gesner³⁰.

En fin, todos ellos fueron acercados a un amplio público lector, pues su difusión fue extraordinaria: sólo en Venecia se tiraron cerca de cien mil ejemplares, entre unas cuarenta ediciones realizadas, que se distribuyeron por toda Europa³¹; y hay que añadir las dos influyentes traducciones (latina y alemana) y la particular versión castellana de Suárez de Figueroa, la *Plaza universal*.

V. Ahora bien, antes de sopesar esta última, conviene resumir las fuentes destacables en el ámbito castellano, donde va a difundirse tal traducción, dado que Suárez de Figueroa remodela la obra italiana, la retoca y ponía al día, incluso la españoliza cada vez más abiertamente, a medida que su versión avanza, según se comentará.

De antemano, si nos concentramos en los nombres hispánicos que citan Garzoni o Serrai, hay que nombrar a Isidoro, cuya obra anotaron diversos humanistas del Quinientos, como Alvar Gómez y Pedro Chacón, antes

²⁸ «De su título se colegirá su provecho; si es plaza y rica de todo bien, corto será quien aquí dejare de feriar. Trata de todas ciencias y artes, con tanto estudio y generalidad que podría alentar los ingenios más remisos y hacer filosofar a los de menos elevación», prólogo de S. F., *Plaza*, 52-53. Véase sobre este problema Paolo CHERCHI, *Polimattia di riuso. Mezzo secolo di plagio (1539-1589)*, Roma, Bulzoni, 1998, esp. 276-283.

²⁹ Paul ZUMTHOR, *Babel ou l'inachèvement*, París, Le Seuil, 1997, 102-107.

³⁰ Indirectamente están citados la *Biblioteca* de Diodoro, el *Banquete de los eruditos*, de Ateneo, las *Vidas* de D. Laercio, las *Noches áticas* de Aulo Gelio, los *Hechos y dichos memorables* de V. Máximo, la *El erudito* de Solino o las *Saturnales* de Macrobio. Pero sigue expresamente a los modernos: *De rerum inventoribus* (1499) de Polidoro, *De honesta disciplina* (1504) de Crinito o Ricci, los *Comentarios urbanos* (1506) del Volterrano, las *Lectioinum antiquarum* (1516) de Rodigino o Ricchieri, la *Officina* (1516) de Ravasio o Ravisy, los *Días geniales* (1522) del jurista Alejandro de Alejandro, las *Historias varias* de Nicolò Lonigo (Leonico, m. 1533), el *Catalogus gloria mundi* (1529) de Cassaneo, *Roma Triumphans* (1531) de Flavio Biondo, el *Catalogo degli inventori* (1548) de Lando y la *Nuova seconda selva* (1565) de Giglio. Aparece, en capítulos cortesanos, nuestro polígrafo falsario Guevara.

³¹ Paolo CHERCHI, «T. Garzoni, bestseller europeo: perché?», en VV. AA., *T. Garzoni. Uno zingaro in convento*, cit, 109-123. Se tradujo su *Teatro* al francés en 1583, así como el *Hospital*; al castellano, el *Teatro* y la *Sinagoga*; al inglés, el *Hospital* (y lo menciona Florio), que asimismo se vertió al alemán, lengua en la que gracias a Grimmelshausen llega su eco hasta el siglo XIX. Se habla de una traducción de la *Plaza* al francés, pero acaso fuese una parte. Al portugués llegó indirectamente la *Plaza* y el *Hospital* a través de Rodrigues Lobo, en los tiempos de Figueroa.

de la edición de Juan de Grial, en 1599 (los dos últimos están además citados por Figueroa); pero también Alfonso X, Vives, Mexía, Huarte, todos ellos reconocidos en Europa. Y hay que contar con nuestra difusión de la *Ratio studiorum* de los jesuitas, así como con la huella de Llull o mejor de los lulistas en la España de su siglo³². Añadamos que Pedro Núñez Vela o Fadrique Furió fueron influidos por Ramus, y que un sabio enciclopedista como el Brocense creó un particular racionalismo lingüístico en paralelo: los tres fueron añadidos por Figueroa en la *Plaza* con los importantes retóricos del siglo XVI³³.

Algunos de los autores repasados, no todos sin duda, tenían presencia en España: el libro de Polidoro Virgilio, traducido y muy imitado (como llegó a reprocharse en el *Quijote*), sería uno de ellos. Pero es que la *Silva* (1540) de Mexía – el libro de divulgación científica más conocido en Europa³⁴, y fuente principal de *La piazza* – se apoya expresamente en Crinito, Rodigino, Ravisio, Alejandro de Alejandro y en las *Historias varias* de Lonigo, es decir en recopiladores de principios del siglo XVI a menudo utilizados aquí, que son empleados asimismo por Garzoni. En la tradición de Mexía se localizan, por cierto, el *Jardín de flores curiosas* de Torquemada (1570), que tiene una novedosa parte geográfica y que incorpora ya a América, y la *Silva curiosa* de Íñiguez de Medrano (1580). Obras festivas anteriores, como la *Miscelánea* de Zapata y la *Floresta* de Santa Cruz, se alejan de la mejor erudición y tienen un carácter más bien privado.

Pero de la «variedad humanística» española del siglo XVI conviene entresacar otro tipo de libros, enumerativos, más ceñidos temáticamente. Así el *De agricultura* (1513) formado por Gabriel Alonso de Herrera, o la *Agricultura de jardines* (1592) que hizo casi un siglo después Gregorio de los Ríos; el *Vergel de música* (1559) que ofreció Martín de Tapia. Más amplia de visión temática es la *Reprobación de las supersticiones* que compuso el matemático Ciruelo, y tuvo y tiene fuerte prestigio la *Varia commensuración para la escultura y arquitectura* (1585) que consagró a Juan de Arfe. Por otro lado, está el rico y extenso humanismo médico, que proporciona muy diversos escritos, como el *Banquete* ofrecido por Luis Lobera, la bella *Anatomía* redactada Montaña, el *Sumario* que hizo López de Villalobos, los *Secretos* consignados por López de Corella, la *Nueva filosofía* que ofreció Sabuco, así como determinados textos no específicos que tres grandes como Laguna, Servet y Valles nos legaron³⁵.

Además – pero ya en un plano especializado – habría que considerar los libros (también los latinos) que expresan la fuerte renovación de los conocimientos, hasta completar el centenar de primeras ediciones científicas que aparecieron entre 1520 y 1610, la fecha de escritura de la *Plaza*. Aparte de los relativos a las ciencias estrictas, están los manuales de contabilidad y cambio de monedas, de régimen de vida, los repertorios astrológicos y almanaques; y luego las geografías y corografías, los valiosos escritos de navegación, de fortificación, de construcción, de instrumentos, de minería; las decenas de libros de viajes y de relación americanos u orientales, con sus cosechas naturalistas, lingüísticas, médicas, antropológicas; así como las historias y las gramáticas de todo tipo tan importantes y definitivas del momento.

³² Tomás y Joaquín CARRERAS Y ARTAU, *Historia de la filosofía española (ss. XIII-XV)*, Madrid, Academia de las Ciencias, 1943, caps. III y IV, estudian la difusión del lulismo desde Cisneros hasta J. de Herrera, Arias de Loyola o J. Seguí; la opinión anti-lulista, así P. Ciruelo y F. de Córdoba, tuvo cierto peso en el siglo XVI. Y que dedica un buen apartado a Agrippa.

³³ Entre los lógicos, Figueroa había incorporado a dos grandes figuras: Domingo de Soto y Francisco de Villalpando. Entre los retóricos, añade a Nebrija, Vives, Sánchez de las Brozas, Arias Montano, Luis de Granada. Y luego, con los citados, a Alfonso García Matamoros, Lorenzo Palmireno, Bartolomé Bravo, Cebrián Juárez, Andrés Sempere, Martín de Segura, Alfonso de Torres; Vicente Blas García, Juan de Santiago, Juan de Guzmán, Juan Pérez o Joannes Petrus y Sebastián Fox Morcillo. Cf., sobre los citados, José RICO VERDÚ, *La retórica española en los siglos XVI y XVII*, Madrid, CSIC, 1973.

³⁴ Alcanzó el Mexía más de treinta ediciones castellanas, y setenta y cinco en otras lenguas: se tradujo pronto al italiano (1544) con imitadores que utiliza asimismo Garzoni; luego, al francés (*Diverses leçons*, 1552), al inglés (1571), al alemán (1570) y al holandés (1587).

³⁵ Antonio PRIETO, *La prosa española del siglo XVI*, I, Madrid, Cátedra, 1986, cap. VIII.

VI. Suárez de Figueroa (1571-1645) publicó su adaptación, la *Plaza universal*, en el Madrid de 1615; y también le acompañó el éxito, pues la obra fue reeditada otras tres veces. Aunque extrañamente olvidado hoy, Figueroa fue un sobresaliente escritor, y formó parte durante unos años del mundo de letras madrileño, en un tiempo medular de la literatura barroca. Sin embargo, no se conoce nada bien su trayectoria en general, en parte por descuido, en parte porque vivió en Italia tres décadas: de joven, entre 1588 y 1606, y luego de mayor, desde 1622 hasta su muerte³⁶. Entró de pleno en esa cultura; la conoció muy a fondo, pero sintió cierto despegue hacia ella: sin duda, por pertenecer a la burocracia de un país que estaba ocupando tierras extranjeras pero acaso también por reflejar el peso de una opinión europea conservadora, que quería alejarse de la libertad expresiva, y de todo tipo, propia de las ciudades italianas.

Pues bien, este más que traductor de Garzoni, dados sus recortes y añadidos continuos, cambió el nombre del libro en el último momento: puso en el título *ciencias* en vez de *profesiones*³⁷, de un modo más convencional pero más culto y neutro (que remite al libro señalado de Agrippa, entre otros muchos rótulos del siglo XVI), y añadió, para precisar su contenido, la palabra *artes* con lo que apuntaba a la acción humana en general. No es una mera traducción, pues frente a los 155 discursos de Garzoni su *Plaza* consta de 107 y nunca son del todo coincidentes con los italianos³⁸. El prólogo y un texto introductorio sobre los lulistas son además de su mano; también son suyos cuatro capítulos sobre trabajadores de ropa y cuero; por otro lado, cambia a veces la factura – y no sólo por alterar el orden, más o menos justificadamente –, ya que Figueroa desdobra el capítulo XLVI garzoniano en dos suyos o funde dos de Garzoni en uno solo (y lo hace tres veces, los *Discorsi* XXVIII y XXX, LI y LVIII, CLIV y CLV), así que, en fin de cuentas, viene a copiar 105 de los originales.

Por añadidura, el final de la *Plaza* es distinto del original; no se cierra con los humanistas como en la obra de Garzoni, sino que la remata con los librereros (CX), seguidos de los impresores (CXI), en este último caso poniendo de manifiesto – de un modo llamativo – su familiaridad con esta técnica serial que se había impuesto en el siglo XVI³⁹. Sigue en este caso a la *Silva* de Mexía, pero, por dar un ejemplo garzoniano y más reciente, ya Fioravanti en su *Specchio di scientia universale* se manifestaba como un gran defensor de la imprenta, y decía que con ella la filosofía, la medicina y todas las ciencias se hallan ya en lengua materna, de modo que algún día todos seríamos doctores⁴⁰. En fin, concluye la *Plaza* con los libros, esos agentes de la modernidad que habían ayudado a deshacer el orden enciclopédico; son escritos, pues, cada vez más profanos que simbolizan el conocimiento, no la divinidad⁴¹. Y efectivamente un incremento relativo de la alfabetización laica, ya en el siglo XVII, permitió la difusión privada de esta obra, pese a las restricciones en la opinión en su país.

Además, Figueroa procura cerrar los apartados de modo personal, añade numerosos nombres españoles, sobre todo de personas pero también de instituciones, ciudades, títulos de escritos teóricos o literarios,

³⁶ James Pyle WICKERSHAM CRAWFORD, *The Life and Woks of C. Suárez de Figueroa*, Filadelfia, Univ. of Pennsylvania, 1907, aún de referencia. Véase el balance actual de Mauricio JALÓN, «El Compendio universal de Suárez de Figueroa», introducción a la *Plaza universal*, 2006.

³⁷ Incluso en la tasa de ese año pone 'profesiones'. El libro estaba concluido antes: la Suma de privilegio (los diez años concedidos para imprimir, también con ese otro título) es de 19-V-1612.

³⁸ Llega al Discurso 111, pero se salta cuatro, sin dar explicaciones.

³⁹ En el apartado sobre el arte de escribir incorporaba, incluso, como profesional o como personaje al propio Luis Sánchez, el ilustrado editor madrileño que imprime su *Plaza universal*.

⁴⁰ Armando PETRUCCI, *Alfabetismo, escritura, sociedad*, Barcelona, Gedisa, 1999, 137-138.

⁴¹ A los librereros les corresponde un papel clasificatorio, como dice curiosamente Figueroa: el de «tener bien ordenadas sus librerías, rotulados los libros y si es posible distintas las facultades», *Plaza universal*, 1.021.

incluso de anécdotas⁴². A medida que avanza, quiere adueñarse más del libro: había suprimido ya muchas citas literarias italianas, había vertido frases latinas, aunque dejó muchas sin tocarlas, ahora pasa a eliminar en bloque capítulos por considerarlos fuera de tono (los cabalistas, magos, máscaras, ladrones, esbirros, bufones, jugadores de dados, castradores), pasa a recortar y trastocar a su gusto el centón originario, con lo que hace más objetiva la información, si bien deforma el compendio originario, se desvía de sus trazos. Finalmente al poner casi al final sus cuatro breves discursos, y elegir ese remate librero da la impresión superficial de haber remodelado el libro, cuando en realidad ha hecho una sucesión de retoques, sin interrupción, pero casi nunca radicalmente alteradores.

Los discursos de la *Plaza* tienen tres capas, en líneas generales. Una primera, filológica, histórica o mitológica, sería su *diccionario* ampliado enciclopédicamente; la segunda disecciona las partes que atañen a esa profesión o esa ciencia que ha elegido, y es ahí donde suele recoger a veces generosamente sus conceptos o sus instrumentos; y una tercera, moralizante, que Figueroa reduce a veces al mínimo, trata de los vicios y virtudes que se les asocian. Luego, cada discurso se encarrila dependiendo de diversos factores: la oportunidad, el nivel teórico del oficio, la posibilidad de incluir novedades.

Ahora bien, dada su orientación curiosa y clasificatoria, popular en apariencia, carece aquí de peso el inveterado dominio de la *filosofía*, propio de las enciclopedias medievales. El escaso mundo filosófico que ofrece adopta un tono práctico – moral, económico y político –, y sólo es ampliado por la sección de los lógicos, pues la de los nemotécnicos no llega a cuajar como teoría sustanciosa y parece ser una sombra del pasado. Destaca, en cambio, su referencia extensa a los retóricos y humanistas, así como a los historiadores, sin olvidar el apartado sobre el papel de los académicos (así destaca la madrileña de las matemáticas), mundo que proseguirá en el siglo XVII con éxito en ciencias y artes hasta el punto de hacerse indispensable para los innovadores.

Puesto que carece de un orden claramente jerarquizador, el desarrollo de sus discursos es insospechado, y sólo su enumeración parcial permite hacerlo visible. Empieza con tres grupos poderosos – príncipes, gobernadores y religiosos –, aunque de pronto este inicio social se interrumpe con los gramáticos (precisamente se abrían las *Etimologías* con la gramática, y estaba renovándose ésta el siglo XVI, si bien Figueroa no hace mayor esfuerzo por evidenciarlo). Y les siguen, sin orden ni concierto alguno, jurisconsultos, hacedores de calendarios, cirujanos, formadores de pronósticos, profesores de empresas, escribanos, matemáticos en general, etc., de un modo manifiestamente arbitrario.

Pueden sin duda agruparse en diversas líneas los discursos originales o traducidos: así, no faltan nobles, cortesanos, embajadores, mensajeros, mercaderes, mayordomos, mozos, criados y esclavos, en representación global de la sociedad tradicional. Por otra parte se hallan dispersamente, además de los religiosos, los teólogos, buleros y exorcistas; o va emergiendo el mundo de la milicia (denostado por el pacifista Agrippa) con los capitanes, soldados, centinelas, etc.; del mismo modo que asimismo aparecerán inesperadamente jueces, notarios, abogados, procuradores, tutores y protectores. Pero estas tres esferas profesionales surgen caóticamente, ya que en el volumen de Figueroa (acaso un punto menos que en el abultado de su antecesor), se sigue atendiendo en definitiva al atractivo de la *variedad* quinientista.

Más sucede todavía cuando nombra – a ráfagas – los oficios más ancestrales (cazadores, pastores, labradores o también sepultureros) u otros asimismo añejos (domadores de animales domésticos, arrieros y apicultores, panaderos y molineros, ceramistas y albañiles), además de los artesanos que tejen lino, cáñamo, o seda y los que transforman hilos, telas y cuero. O sobre todo cuando recoge pintorescamente el mundo de la plaza más festiva (cuentistas, actores, bailarines, volatineros) o el más desgradado (mendigos, rufianes, meretrices), aunque es de resaltar que Figueroa expone crudamente la idea barroca de *ordenar* severamente la marginalidad,

⁴² Así ocurre cuando añade Figueroa un ejemplo de latín macarrónico (esa jerga que al parecer se difundió desde Padua, especialmente desde el siglo XV), espejo mismo de la diglosia escolar.

con las razones expuestas por Cristóbal Pérez de Herrera, en su *Amparo de los legítimos pobres y reducción de los fingidos* (Madrid, Sánchez, 1595), al que se apela sin rodeo alguno.

Sin embargo, cambiando bruscamente de ángulo, la recopilación puede verse sin forzamiento alguno como una defensa de la actividad científica y técnica⁴³, ya en plena metamorfosis. Así que la extensa *obertura* del libro por parte de Garzoni y Figueroa, la loa inicial de las ciencias y artes – creativas o mecánicas – en absoluto es un adorno, pues hay un poderoso grupo de discursos que se centran en ese campo y que basta con espigarlos para ver cómo logra al menos dar un panorama fundamental de ese territorio en expansión.

Es verdad que el extenso apartado de Geografía resulta poco útil (es copia de la de Ptolomeo), y no se corresponde con el hecho de que en el siglo XVI la cartografía se convirtió en una obsesión, tanto de profesionales como de aficionados; parece insuficiente que al final recuerden ambos recopiladores a Fineo, Apiano, Gema Frisio, Copérnico, Maurólico («el segundo Ptolomeo»), Mercator y al citado Ortelio, «que hizo el *Teatro de las ciudades*». O también es verdad que médicos y anatomistas, cirujanos, farmacéuticos y simplicistas (incluso veterinarios) ejemplifican en la *Plaza* de un modo no muy novedoso las ciencias curativas. Pero el inveterado cuadrivio – astrónomos y especialistas en medir el tiempo, aritméticos y geómetras, músicos – parece ya en vías de agrandarse. Ciertas aplicaciones geométricas, aunque desigualmente tratadas – especialistas en óptica, espejos, relojes y otras maquinarias, fortificadores, arquitectos, hacedores de navíos –, manifiestan una expansión que dará paso en unas pocas décadas al pensamiento tecnológico. También destaca a los que trabajan con metales nobles o hierro, a los que acuñan moneda, en un siglo de gran impulso minero; y eso sin olvidar a otros mineralistas, a vidrieros y horneros dedicados a elaborar cal, ladrillo, así como diversos pigmentos. Finalmente están los alquimistas, abordados irónicamente, aunque les suceden en cambio los más modernos destiladores.

Incluso hay una huella de los estudiosos de «arcanos de la naturaleza», esos que se concentraban en sus propiedades más recónditas como presunta palanca para descifrarla a fondo; y la obra por cierto, como otras veces, usa aquí un escrito de Cardano⁴⁴. Pues procede decir, al recordar esta impronta más valiosa pero ciertamente vetusta, que además de los *Secretos* de Wecker o los trabajos sobre ciencia curiosa de Giovanni Battista della Porta también estaban muy presentes en *La piazza* (y en la *Plaza*) monografías poderosas, como sucede con *Los metales* de Agrícola, la *Pirotecnia* de Biringucci, sobre la transformación de materia; y que Garzoni se remitía a *Sobre la edificación* de Alberti, al ingeniero Commandino, traductor de Arquímedes, a la balística de Tartaglia o a los *Libros mecánicos* (1577) Guidobaldo del Monte⁴⁵. Todo este conjunto de nombres indican la pátina renovadora de la *Plaza*, pues ésta prosigue su difusión acercándolos al lector castellano.

VII. En la referencia de partida, el siglo XII, el latín había comenzado a convertirse en lengua para expresar la vida del momento. Precisamente sucedía cuando era ya una lengua muerta, y pese a que sus manifestaciones orales o escritas estuvieran ligadas al mundo escolar⁴⁶. Tres centurias más tarde la situación se complicó sobremanera. Por un lado, en el siglo XVI la lengua latina se mantiene dominante

⁴³ Mauricio JALÓN, «Las profesiones científico-técnicas en la *Plaza universal* de Suárez de Figueroa», *Asclepio*, LVIII, 1, 2006, 197-218.

⁴⁴ Cf. William EAMON, *Science and the Secrets of Nature*, Princeton, Princeton University, 1996, que utiliza los ejemplos de Garzoni, cap. IV. De sus fuentes, las de mayor prestigio son las obras enciclopédicas de Cardano, a las que apela a menudo.

⁴⁵ Autores capitales para entender el nuevo giro mental: Paolo ROSSI, *Los filósofos y las máquinas*, Barcelona, Labor, 1966, cap. 1.

⁴⁶ Erich AUERBACH, *Lenguaje literario y público latino en la baja latinidad y en la Edad Media*, Barcelona, Seix-Barral, 1969, 270-272.

en la enseñanza universitaria⁴⁷; se procura relegarla en países protestantes, pero no en el ámbito académico (acaso sólo en ocasiones, y con problemas). Incluso en la Feria de Francfort, definitiva del mercado europeo, se percibe bien la primacía tardía de esa lengua clásica: más del 65 % de los libros estaban en latín en 1650. Pero en este año las traducciones vernaculares empezaban a proliferar con claridad, de modo que bajará ya esa cantidad en un 30% hacia 1700, lo que muestra cómo remite drásticamente en media centuria.

Por otro lado, en el siglo XVI, cuando se elaboran gramáticas nacionales, las lenguas vulgares se convierten en matizados y vigorosos medios de expresión literaria o luego científica, aunque en este aspecto ocurra más lentamente, sin olvidar su defensa por Stevin o Galileo, o que ya se había manifestado en la Península Ibérica. Y van a ser formas incluso *dominantes* territorialmente; hay un gran uso nuevo en amplias áreas geográficas: primero sucede con el portugués, luego con el español y, más tarde, con el holandés, el francés y el inglés. Su prestigio durante las diversas etapas expansivas se manifiesta en su enseñanza en universidades u otros organismos extranjeros: el italiano se conoce mucho fuera en el siglo XVI; el castellano se enseña a finales de éste y principios del XVII, que es cuando empieza a extenderse (de hecho, se incorporan al italiano 200 palabras españolas y portuguesas, y ese mismo número de las primeras al francés). La lengua triunfante de la Isla de Francia le tomará relevo luego y dominará hasta el siglo de las Luces, cuando también entre el inglés en liza⁴⁸.

La piazza – obra de carácter no especializado, pero por contraste con bastantes compendios coetáneos redactados en latín – estaba escrita decidida y creativamente en italiano, en un momento como 1585 que podría considerarse ya de cierto, relativo, repliegue de la cultura itálica. Ahora bien, suele decirse que el latinista Erasmo y el germanista o *vulgarista* Lutero son dos polos lingüísticos posibles del siglo XVI: uno era cosmopolita y cultamente abierto; el otro estaba preocupado por ahondar en la conciencia del hombre común. Y curiosamente *La piazza* va a reflejar ambas cosas, dado que precisamente fue impresa en Fráncfort en esas dos lenguas: en latín, como *Emporii emporium*, y en alemán, cuatro veces, como *Allgemeiner Schauplatz*. Por tanto está vertida a la lengua de las ciencias por un lado, para todos, y asimismo se ciñe bien a una cultura lingüística a la que enriquece, pues Garzoni será leído en Alemania, por lo menos, hasta la Ilustración. En suma, hubo un reconocimiento más universalista de la obra pero otro más cercano a la cultura media. Lo cual, y conviene recalcarlo, está reflejado en el hecho de que la *Plaza* y su original carecen por completo de imágenes, esto es, no gozan de ese signo de modernidad – el énfasis en la visualización – que define tantos libros y tantos avances del siglo XVI⁴⁹.

La versión como tal de Figueroa es singular, dado el peso entonces del español y también porque en la *Plaza* hay tres lenguas en juego, muy palpable a veces. El castellano sin duda se halla en primer término y con gran fuerza inventiva; el italiano originario (idioma en el que Figueroa había estudiado leyes y ejercido su profesión) se transparenta de continuo en sus giros y términos; el omnipresente latín garzoniano, finalmente, se conserva en cientos de citas del libro. A la *diglosia* latino-española, tan propia de un universitario de entonces, se le suma un acento itálico audible en el torrente de palabras que aparece en el compendio, a veces por vez primera (como recoge el *Diccionario de Autoridades*). Ya Juan de Valdés decía que el castellano era una *lengua mezclada* (latín, árabe, hebreo y visigodo), y tales mixturas, discutidas

⁴⁷ Cf. el inicio de Françoise WAQUET, *Le latin ou l'empire d'un signe. XVI-XX^e siècle*, París, Albin Michel, 1998.

⁴⁸ Peter BURKE, *Lenguas y comunidades en la Europa moderna*, Madrid, Akal, 2006, 66-70, 95 y 99.

⁴⁹ Belon compara estructuras óseas de los animales mediante figuras; *El arte militar* de Vegetio, *Sobre la arquitectura* de Vitruvio, la *Geografía* de Ptolomeo – tres fuentes de Garzoni – se publican en el siglo XVI con figuras, lo que supone un gran salto (hubo también resistencias a la representación en los libros de ciencias, y a incorporar novedades, como las de América), Henri-Jean MARTIN, *Histoire et pouvoirs de l'écrit*, París, Albin Michel, 1996, 304.

por entonces hasta el absurdo, se tomó como alabanza o como reproche en varias lenguas de entonces (así en el inglés, de una forma señalada). En todo caso, la impregnación italiana de las lenguas europeas era muy evidente entonces, y en la *Plaza* aunque a veces sea debida a carencias colectivas de léxico se hace de un modo vivo y natural.

Pero este gran prosista – esta *autoridad* de nuestra lengua –, además fue traductor del portugués: vertió al castellano 1614 a Fernão Guerreiro, cuya *Historia de las cosas que hicieron los padres de la Compañía de Jesús, por las partes de Oriente y otras*, resulta de interés para conocer las expediciones jesuíticas en 1607-1608. Es un dato añadido que nos abre a la presencia portuguesa en la *Plaza*, no extensa pero sí valiosa. No hay que olvidar sin duda la dedicatoria de esta versión a una figura de estirpe portuguesa tan conocida como Dom Duarte de Bragança⁵⁰, a quien por cierto dedicó asimismo su contemporáneo Francisco Rodrigues Lobo su hermosa obra miscelánea⁵¹, *Corte na aldeia em noites de inverno* (1619); estos diálogos cortesano-burgueses se apoyaban una y otra vez en Garzoni, y Lobo le sigue en su original⁵², con independencia de que supiese de la versión castellana.

Pero puede ser manifestación de cierto pluralismo lingüístico – románico –, que tiene interés para la historia y la política de esos años. Pues si una parte de los añadidos de Figueroa consiste en recordar a figuras de su país que destacan en determinadas profesiones, llama la atención la agrupación de ellos casi indiscernible con nuestros hoy vecinos. Ya entre los gramáticos aparece Martins, colega de el Brocense en Salamanca, pero no muy afín a sus teorías⁵³. Entre los juristas figura Pedro Barbosa, hombre meritorio de la corte filipina. Entre los teólogos, recoge a Sebastião Barradas, que muere el año de salida de la *Plaza*. Añade entre los retóricos, que es discurso tan interesante como el que sigue, a Jerónimo Osorio, ese buen erudito formado en Europa. Y destaca entre los historiadores al autor de las *Crónicas* portuguesas, Damião de Góis, contemporáneo estricto de Cardano que fue retratado por Durero y que será el gran humanista portugués del compendio.

Entre los médicos y simplicistas, despuntan Tomás Rodrigues da Veiga, comentarista reconocido de Galeno, y un naturalista excepcional como García de Orta, que figura ahí junto con el sevillano Monardes (ambos estaban ya en Garzoni). Entre los géometras destaca un indiscutible científico universal como fue Pedro Nunes, siempre muy citado por autores castellanos⁵⁴, desde entonces hasta hoy; y cerca está el cosmógrafo de la corte Juan Bautista Lavanha, coetáneo de Figueroa (muere en 1624) y autor de unas tablas astronómicas nuevas y de

⁵⁰ Está dedicada la *Plaza* al cortesano don Duarte, biznieto de don João III, hijo del sexto duque de Braganza, don João Duarte, y de doña Catarina de Portugal. Figueroa pone solo (como Lobo): «A don Duarte, marqués de Frechilla y Villarramiel, marqués de Malagón, señor de las villas de Paracuellos y Hernancaballero, comendador de Villanueva de la Serena».

⁵¹ Francisco RODRIGUES LOBO, *Corte na aldeia* (ed. J. A. de Carvalho), Lisboa, Presença, 1991, con un prólogo esclarecedor. Es curioso que el gran diálogo coetáneo de Figueroa – que poco que se le parece, *El pasajero* de 1617 –, sea también a cuatro voces (como el de Lobo), y que asomen varios de los capítulos de la *Plaza* en sus capítulos o alivios: cf. Cristóbal SUÁREZ DE FIGUEROA, *El pasajero* (ed. M-I. López Bascuñana), Barcelona, PPU, 1988.

⁵² José Adriano de CARVALHO, «F. Rodrigues Lobo y T. Garzoni», *Arquivos do Centro Cultural Português*, X (1976), 505-522.

⁵³ Rogelio PONCE DE LEÓN, «In grammaticos: En torno a las ideas lingüísticas de Francisco Martins (†1596)», *Península. Revista de Estudos Ibéricos*, 1 (2004), 215-234.

⁵⁴ Muy frecuentemente se le recordó desde el siglo XVI. Fue utilizado por el cosmógrafo Alfonso de SANTA CRUZ, *Libro de las longitudes* (cap. 5). Asimismo lo alaba Juan de HERRERA en la *Institución de la Academia Real Matemática*, 1584 (Madrid, 2006, 213). Simón de TOVAR, en su *Examen y censura del modo de averiguar las alturas de las tierras*, reconoce que es «el mayor matemático de quantos a avido en nuestros tiempos» (Sevilla, 1595, folio 45). Y García de Céspedes lo cita en su *Regimiento de navegación* (Madrid, 1606, ff. 30-36). Cedillo Díaz lo tradujo, además de a Tartaglia. El mismo Pedro Nunes tradujo al castellano su *Libro de algebra en arithmetica y geometria*, que había escrito en portugués. Cf. Luis ALBUQUERQUE, *A Náutica e a Ciencia em Portugal*, Lisboa, Gradiva, 1991, caps. VI-VIII.

un *Arte de navegar*. Ello compensaría un poco el hecho de que, lamentablemente, en el apartado sobre navegación únicamente cite a Pedro de Medina y García de Céspedes.

Finalmente, a la geografía americana (brevísimamente en Garzoni, quien resalta el origen italiano de Colón y Vespucio), Figueroa añade sólo a dos autores, que son portugueses y no castellanos⁵⁵. Con respecto al primero (y es ciertamente llamativo), afirma tener por «cosa muy cierta haber sido el primer descubridor de la América Rui Faleiro, portugués que, habiendo derrotado de su derecho camino, aportó a esta provincia, donde reconociendo lo que había, dio la vuelta a la isla de la Madera; y, muriendo allí, dejó a Colón las descripciones de aquella navegación: basa fundamental de lo que después se edificó». En segundo lugar, y saltando un siglo, subraya que la tierra australísima fue a descubrirla, por orden de Felipe III, el capitán Pedro Fernández de Quirós, natural de Évora y fallecido en 1615. «Éste, tras largo viaje, tomó tierra en una espaciosa bahía, a quien dio nombre de San Felipe y Santiago, por haber llegado allí el mismo día, año de mil seiscientos seis. Y al puerto que está en ella, de la Vera Cruz, y a toda la parte allí descubierta, la Australia del Espíritu Santo. Costeáronse entonces según las relaciones más de ochocientas leguas de longitud, con gran número de islas adyacentes. Dícese abundan de oro, plata, perlas, especierías y hombres de todos colores. Promete lo descubierto muy gran cantidad de tierra por su parte interior». Es un dato muy reciente (casi coincide con su versión de la *Plaza*) que procede recoger asimismo en su integridad. En los dos casos, y no sólo aquí, no olvida precisar que son oriundos de Portugal. Por ello cabe conjeturar que el compendio podría estar asimismo dirigido al lector portugués.

VIII. Lucien Febvre resumió brillantemente – hace más de media centuria – el lenguaje del siglo XVI como bastante impreciso y demasiado pegado a las cosas⁵⁶. Puso de relieve el hecho de que faltasen *vocablos elaborados* en la lengua francesa (y puede comprobarse que sucedía lo mismo en castellano acudiendo al *Vocabulario* de Covarrubias, publicado en 1611 casi al tiempo que la *Plaza*). No circulaban las siguientes voces: absoluto, relativo, abstracto, concreto, confuso, complejo, adecuado, virtual, insoluble, intencional, intrínseco, inherente, primitivo, sensitivo, trascendental. Carecían asimismo de dicciones como causalidad, regularidad, concepto, criterio, condición, análisis-síntesis, deducción, inducción, coordinación ni, claro está, sistema. Todavía faltarán durante un tiempo, pero el original latino de ellas suplía muchas de esas ausencias.

Tampoco existían otras palabras, como ‘motor’, ni se había sistematizado la recogida de cientos de términos que describen y despiezan los más diversos artificios y que encontramos en esta recopilación. Es una de las mayores aportaciones de Figueroa (y no siempre lo hizo de la mano de Garzoni), ya que puede funcionar a modo de vocabulario especializado; no sólo en el caso señalado de la imprenta⁵⁷, sino en otros muchos más. Y

⁵⁵ El primer grado, el más bajo, de extranjería lo ocupan los aragoneses; el segundo, los portugueses, flamencos, borgoñones, sardos y napolitanos; los restantes grados dependen de la religión y la extrañeza cultural. Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ, *Los extranjeros en la vida española durante el siglo XVII*, Sevilla, Diputación, 1996, 19.

⁵⁶ Lucien FEBVRE, *El problema de la incredulidad en el siglo XVI*, México, UTEHA, 1959, 315-317.

⁵⁷ Cf. las palabras técnicas: caracteres, viñetas, reglas para dividir las planas, matrices de cobre; ligaduras, grancanon, menor peticanon, parangona, texto, atanasia, letura, miñona y nonparella, *distribuir* letras, cajetines, divisorio, mordante, espacio y cuadrado, galera, volandera, rama, porquezuelas, cabeceras, cruceros, lado y pie, medianiles; imponer la forma, prueba, mentiras. Dice: «La prensa consta de varios instrumentos: tablado, dos piernas o maderos a propósito, escalera, dos bandas, camprones, cofre, cigüeña, carro con cierta cuerda, manija, una piedra en que asiente la forma con hierros y tornillos a los lados, con nombres de *bisagras* y *cantoneras*. De aquí está asido uno que llaman *timpano*, encima de quien ponen ciertos paños. Tápase con otro llamado *timpanillo*, cubierto de pergamino. Hállanse en él dos puntas, a quien dicen *punturas*, para que el papel esté firme. Aquí se pone el pliego y se prende con unos instrumentos llamados *chavetas*, de que se ase otro, dicho *frasqueta*, que guarda limpia la obra. Dásele tinta, que consta de aceite de linaza y trementina, sin llevar rejalar, como pensaron algunos ignorantes. Cuécese y

es de notar que, a comienzos del siglo XVII, Francis Bacon reivindicaba precisamente en sus más diversas obras que esa tarea *histórico-natural* era la preparación insoslayable para luego poder pensar en un *Nuevo método* para las ciencias.

A través de este léxico conjunto, *La piazza* daba a conocer determinados cambios producidos en las ciencias y las artes del siglo XVI, debidos sobre todo a los italianos, aunque no solo a ellos, según se aprecia en una aproximación más detallada. En este aspecto, la recopilación, dada su amplitud, era incomparable con las obras paraenciclopédicas más recientes, con relación al tiempo de Garzoni. Ni en Alemania ni en otros países ni por supuesto en España existió una obra similar, de modo que la esforzada versión – y apropiación parcial – de Suárez de Figueroa facilitó que se incorporase una terminología que iba más allá de lo que las recopilaciones humanísticas de inicios del siglo XVI ofrecían y que resultaba, por tanto, enriquecedora.

Conviene destacarlo en su caso más, dado el corte cruel que significó 1559, año en el que Felipe II promulgó la ley que impedía estudiar o enseñar en el extranjero (excepto en Coimbra, Nápoles, Roma y Bolonia), y en el que asimismo – y luego en 1584 – se elaboraron índices de libros prohibidos. De entre los autores arriba recordados, ya Polidoro Virgilio aparecía incluido en los listas de 1559 y 1584; en la segunda de esas fechas, especialmente desecadora, están Agrippa, Gesner, Ramus (también Huarte de San Juan), Cardano o Porta, y aparecen «técnicos» como Alberti, Agrícola, Fioravanti, Leonico; más tarde se hallarán las obras de Wecker (abrumadoramente citado por Garzoni y Figueroa) o incluso Mercator. Con independencia de los mecanismos para eludir esa reprobación, son ejemplo de un sinnúmero de autores desautorizados. Es más, precisamente entre 1584 y 1612 – años de escritura de Garzoni y de Figueroa, respectivamente – se expurga un gran número de libros, se sistematizan las normas de los controles y se institucionalizan los mecanismos censuradores, logrando por añadidura una colaboración censora de las penosas universidades⁵⁸.

Pese a esta limitación, sorprendentemente, ideas y formas curiosas de autores más bien desautorizados o mirados de soslayo como Camillo, Farra, Rosselli, Citolini, el peligroso esotérico Grégoire o del prohibido Agrippa⁵⁹ circulan parcialmente en lengua castellana, gracias a la *Plaza universal de todas ciencias y artes*. Por destacar a uno de ellos, la presencia de la *Tipocosmia* de Alessandro Citolini (1500-1583) que no abunda en las bibliotecas históricas españolas⁶⁰, supone dar entrada a centenares de informaciones técnicas o no (Citolini fue un apologista del italiano) verdaderamente interesantes. Era por cierto dicha *Tipocosmia* una recopilación en forma de árbol unificador, relativamente tardía, de 1561, consistente en un *método* mnemónico – un casillero ordenador en expansión que, de recinto en recinto, pretendía recorrer el

confecciona, recibiendo después el color negro de humo de pez y el colorado de bermellón. Toca al tirador el cargo principal de la prensa; él es quien ajusta para que los renglones salgan a la vuelta (que llaman *retiración*) en línea con los precedentes, que se dicen del *blanco*. Es propio suyo mirar las concordancias del guión o reclamo; de la *signatura*, que es la letra que se pone al fin de algunas páginas, como A2; y el *reclamo* es la palabra última de la página que está junto a aquella signatura, que concuerda con la que se sigue. También es de su obligación mojar el papel, no pudiéndose imprimir seco. Pertenece al batidor ser coadjutor del tirador, como subordinado a él y hacer las *balas*, que son ciertos instrumentos a manera de plato con un palo que sale de ellas con que se toman en la mano. Hínchense de lana, cúbrense de baldrés; toman tinta con las mismas, y después de bien repartida (a quien llaman *distribuir*) se la dan a la forma», *Plaza*, 1026-1030.

⁵⁸ José PARDO TOMÁS, *Ciencia y censura. La Inquisición española y los libros científicos en los siglos XVII y XVIII*, Madrid, CSIC, 1991, cap. VIII.

⁵⁹ Aunque se hallen hoy, por distintos motivos, las ediciones del XVI en las bibliotecas históricas españolas: por ejemplo, el Agrippa se halla en Madrid, Salamanca y Valencia; el Grégoire, pese a su esoterismo, está muy difundido (Madrid, Barcelona, Lérida, Palma de Mallorca, Huesca, Salamanca, León, Cuenca, Alicante, Coruña, Navarra).

⁶⁰ Puede encontrarse actualmente la edición príncipe en Zaragoza, Palma, Cáceres y Madrid.

mundo –, y que servía a la vez de *diccionario* y de *enciclopedia*⁶¹ como sucedía en tantas obras de entonces. Además revela las aspiraciones lógicas, retóricas y combinatorias propias de una enciclopedia buscada y no encontrada antes de 1585, ni siquiera un siglo después.

Más en general, y dada su popularidad, la *Plaza* se convierte en un testimonio de la cultura científica – a menudo básica, pero a veces algo más alta –, del lector «ibérico» en ese tiempo (si cabe incluir a los portugueses). Este hecho puede ser, por lo demás, más interesante para medir la *divulgación* de los conocimientos que los estudios bibliométricos sobre la ciencia, imprescindibles sin duda pero en última instancia no demasiado esclarecedores en ese plano si no lleva otro arropamiento cultural. Pues aunque no revele desde luego la ciencia más pujante que por entonces – sobre todo a partir de 1600 – se estaba llevando a cabo, a cambio sí muestra cómo la cultura antigua recién incorporada (en parte reforzada o en parte desgastada por el humanismo tardío) se revelaba insuficiente y había que incorporar imperiosamente determinados temas de la ciencia y de la técnica que al lector medio le parecían repertoriables.

Es verdad que entre 1585 y 1615 había habido contribuciones al conocimiento que Figueroa – diez años más joven que Bacon – no había sabido recoger en su versión, y que se echan en falta. El terreno estaba empezando a abonarse de otro modo, y las nuevas ciencias estaban a punto de dar un giro decisivo sobre todo tras su muerte en 1645. La época en la que vivió fue un compás de espera bastante confuso; pero su mismo intento de apoderarse de *La piazza* es un modo inicial de mitigar o de filtrar los excesos de las recopilaciones del siglo XVI. Con su *Plaza*, Suárez de Figueroa parece todavía desenvolverse en ese mundo cada vez más envejecido de los centones quinientistas, aunque – tal como se lee en *El pasajero* o en otras obras suyas – se aprecia una distancia crítica con respecto a esa centuria luminosa y conflictiva en la había nacido.

Sumando informaciones parciales, reliquias de ciencia antigua, datos novedosos, nomenclaturas y síntesis temáticas nuevas, él no podía en absoluto lograr un ciclo completo de conocimientos, puesto que la época – de indecisión, constantes tanteos – estaba sumida en una mutación consistente en ir pasando de la confianza otorgada a una Autoridad indudable a la complicada reconstrucción de la ciencia y de la historia a partir de las fuentes y de una incipiente libertad de pensamiento.

Sólo a finales del siglo de las Luces se verá con perspectiva el valor de todas estas tentativas que tuvieron lugar entre 1550, cuando la «cristiandad» pasa a llamarse Europa, y 1750, fecha en la que se define el proyecto de la gran *Enciclopedia*, fundada precisamente en esas ansias colectivas que no pudieron dar fruto hasta entonces porque estaba por definirse una nueva idea de trabajo y de indagación. Será entonces cuando se produzca la reversión de ese círculo visitado de *profesiones* modernas tan propias de una sociedad estamental.

⁶¹ Sobre este discípulo de Camillo y Ramus, véase BOLZONI, *La estancia de la memoria*, 253, 315-316 y 323-325.